



Como Jesucristo, obligados a huir



JORNADA MUNDIAL DEL MIGRANTE Y DEL REFUGIADO 2020

Subsidio litúrgico

© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

SUBSIDIO LITÚRGICO

«COMO JESUCRISTO, OBLIGADOS A HUIR»

MONICIÓN DE ENTRADA

Celebramos en este domingo XXVI del tiempo ordinario la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado con el lema «Como Jesucristo, obligados a huir», con la mirada puesta en los llamados desplazados internos. Dentro de esta denominación se incluye a los millones de hombres, mujeres y niños obligados a migrar dentro de sus propios países por diversas causas: emergencias humanitarias, conflictos armados, perturbaciones del clima, violencia generalizada, etc. Como señala el papa Francisco en el *Mensaje* para esta Jornada, a menudo el drama de estas personas queda invisibilizado, puesto que ocurre dentro de las propias fronteras, a lo que se suma que en este último tiempo su situación se ha visto doblemente agravada por la crisis mundial causada por la pandemia de la COVID-19.

Por otra parte, no solo debemos mirar hacia países con circunstancias sociales extremadamente frágiles, también en nuestro propio territorio hay personas inmigrantes que en cierto sentido se ven «obligadas a huir». Huir del sometimiento y la violencia, como las víctimas de trata con fines de explotación sexual; huir de la precariedad laboral, como el colectivo de empleadas del hogar o los temporeros agrícolas; huir de la intemperie, del olvido, como los menores migrantes o los solicitantes de asilo. En definitiva, Jesús está presente en cada uno de ellos, obligados a huir para salvarse, para recuperar la dignidad que les ha sido arrebatada.

Sintamos que en esta eucaristía, tras la huida de tantos, desplegamos la mesa de la acogida, del compartir, de sanar heridas, escuchando las palabras de Jesús, que nos dice: «Venid a mí los que estáis cansados y agobiados que yo os aliviaré» (*Mt 11, 28*).

ACTO PENITENCIAL

- Tú, obligado a huir a Egipto, que te encarnas en los exiliados y perseguidos: *Señor, ten piedad.*
- Tú, amigo de prostitutas, publicanos y pecadores: *Cristo, ten piedad.*

- Tú, que te hiciste pasar por uno de tantos, tomando la condición de esclavo: *Señor, ten piedad.*
- Dios, todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. *Amén.*

MONICIÓN A LAS LECTURAS

- En la primera lectura, el profeta Ezequiel, que asiste a la destrucción de Jerusalén y predica en la deportación a Babilonia, insiste en un tema muy querido por él: la necesidad de conversión de Israel a Dios para recuperar la tierra perdida. Sin embargo, todo depende del comportamiento y de la responsabilidad personal, no de la convicción determinista de un pecado que se hereda de generación en generación. Siempre es posible volver a Dios si se practica el derecho y la justicia.
- En la Carta a los Filipenses hay una doble exhortación a la comunidad cristiana: por un lado, que se mantenga unida en el amor y la gratuidad del corazón; por otro, que tome el ejemplo de Cristo, que se abajó hasta las mismas entrañas de la humanidad, para finalmente ser elevado en su dignidad de Hijo resucitado y glorioso, por el que todos somos hijos y herederos del Reino.
- Finalmente, en la lectura del Evangelio, Mateo recoge la escandalosa escena en que Jesús echa en cara a los sumos sacerdotes y ancianos su incredulidad y pone como ejemplo de verdaderos creyentes a las prostitutas y publicanos, precisamente los considerados pecadores imperdonables por las autoridades religiosas judías.

SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

- *Mirar como los sumos sacerdotes o mirar como Jesús*

¿Por qué los sumos sacerdotes y ancianos solo veían en publicanos y prostitutas a personas impuras, pecadoras, irreconciliables con Dios; y Jesús ve en ellas a los que van por delante en el camino del Reino?

Aún hoy hablar de prostitutas o de ladrones evasores de impuestos no evoca a personas ejemplares, más bien todo lo contrario; ni siquiera en ámbitos de Iglesia, que a menudo las considera necesitadas de conversión o destinatarias de la compasión de los que nos consideramos “puros”.

Será porque Jesús veía en ellas a personas que “huían” en busca de situaciones de vida más dignas. Será porque el sufrimiento y la vaciedad a la

que son sometidas le hacía solidarizarse con el dolor de otras personas. Será porque Jesús intuía que su corazón anhelaba un «cielo nuevo y una tierra nueva», donde el abuso, la explotación, el materialismo, fueran sustituidos por el cuidado, el cariño y el compartir fraterno.

En un sentido similar, para poder mirar como Jesús, el papa Francisco nos exhorta en el *Mensaje* de la Jornada de este año a «conocer para comprender», porque el desplazado, el emigrante, la prostituta, no son números, no son estadísticas, son personas; y si nos encontramos de igual a igual podremos reconocernos en sus historias. Podremos comprender, por ejemplo, que la precariedad que hemos experimentado con sufrimiento, a causa de la pandemia, es un elemento constante en la vida de los desplazados.

— *Abajarse hasta tomar condición humana*

El himno de Filipenses presenta a un Jesús despojado para poder ser glorificado. Jesús, en el corazón de lo humano, para descubrir en ello lo esencialmente divino. Podríamos decir que Jesús se desplaza, emigra, en un movimiento descendente de lo divino a lo humano, para fundir en Él lo más humano y lo más divino, sin distinción, rescatando la verdadera naturaleza de lo que somos, para iniciar un viaje de vuelta, ascendente, como Hijo amado de Dios.

Por eso podemos entender más fácilmente cómo en el viaje del migrante y desplazado, en los momentos de despojo y de desierto, hay un verdadero itinerario espiritual, donde muchos de ellos encuentran el rostro de ese Dios que camina a su lado, compartiendo sus dolores y alegrías, hasta alcanzar la tierra prometida. Igualmente, los que acogen, deben abajarse, hasta reconocerse ellos mismos migrantes, compañeros y hermanos del que llega, deben despojarse de prejuicios y ver su rostro en el rostro del diferente. Así, juntos, podrán recorrer un camino ascendente, enriqueciéndose mutuamente en ese proceso, es así como llegaremos a experimentarnos hijos en el Hijo, Jesús.

También el santo padre en su *Mensaje* destaca dos verbos que se implican mutuamente: «Hacerse prójimo para servir», que puede iluminar este movimiento de compartir lo humano. Por ejemplo, en la parábola del buen samaritano, este tuvo que tomar riesgos, quitar prejuicios, acercarse y abajarse (*Lc 10, 33-34*). O de modo similar y paradigmático el mismo Jesús en la última cena, lavó los pies a los discípulos, se agachó, haciendo oficio de esclavo, ensuciándose las manos (*Jn 13, 1-15*), como tantos sanitarios se vienen arriesgando en este tiempo de pandemia, como recuerda el papa Francisco.

— *Practicar el derecho y la justicia*

Al igual que en tiempos del profeta Ezequiel, parece también que el mal de los migrantes se hereda: las muertes en el mar y las fronteras se repiten, la explotación del extranjero, el desplazamiento forzoso, la violación de sus derechos emerge como algo endémico, imparable, como un pecado estructural que crece y se multiplica de generación en generación. Sin embargo, la voz del profeta Ezequiel sigue resonando en el presente: si practicáis el derecho y la justicia tendréis salvación, viviréis y no moriréis.

Otra pareja de verbos extraída del *Mensaje* de la Jornada puede muy bien ser voz profética: «escuchar para reconciliarse». Escuchar el gemido de los más vulnerables, de los desplazados, del planeta gravemente enfermo... Como el mismo Dios que, a través de los oídos de su Hijo, escuchó el grito de súplica de la humanidad, hoy son nuestros oídos, los que están llamados a escuchar para poder reconciliarnos con el prójimo, con los descartados, con nosotros mismos y con Dios.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Introducción del sacerdote

- Por la Iglesia, para que sepamos ser hogar fraterno para tantas personas desplazadas obligadas a huir de situaciones de injusticia, violencia o riesgo para sus vidas. Roguemos al Señor.
- Por los gobernantes, para que sepan promover leyes que protejan las vidas y la dignidad de las personas más vulnerables de la sociedad. Roguemos al Señor.
- Por las personas migrantes, por sus familias y comunidades de origen, para que puedan ejercer su derecho a permanecer en su propio país, gracias a un desarrollo económico, político y social adecuado. Roguemos al Señor.
- Por todos los presentes en esta celebración, para que podamos reconocernos entre los que van por delante en el camino hacia Dios a través de una vida de servicio en el amor. Roguemos al Señor.

Oración para concluir la eucaristía

Del papa Francisco. Oración sugerida por el ejemplo de san José, de manera especial cuando se vio obligado a huir a Egipto para salvar al Niño.

Padre, Tú encomendaste a san José lo más valioso que tenías: el Niño Jesús y su madre, para protegerlos de los peligros y de las amenazas de los malvados.

Concédenos, también a nosotros, experimentar su protección y su ayuda. Él, que padeció el sufrimiento de quien huye a causa del odio de los poderosos, haz que pueda consolar y proteger a todos los hermanos y hermanas que, empujados por las guerras, la pobreza y las necesidades,

abandonan su hogar y su tierra, para ponerse en camino, como refugiados, hacia lugares más seguros.

Ayúdalos, por su intercesión, a tener la fuerza para seguir adelante, el consuelo en la tristeza, el valor en la prueba.

Da a quienes los acogen un poco de la ternura de este padre justo y sabio, que amó a Jesús como un verdadero hijo y sostuvo a María a lo largo del camino.

Él, que se ganaba el pan con el trabajo de sus manos, pueda proveer de lo necesario a quienes la vida les ha quitado todo, y darles la dignidad de un trabajo y la serenidad de un hogar.

Te lo pedimos por Jesucristo, tu Hijo, que san José salvó al huir a Egipto, y por intercesión de la Virgen María, a quien amó como esposo fiel según tu voluntad. Amén.

